

## 5. LOS SEÑORES DE LA LUZ

- Es segura – dijo Rodegar haciéndonos señas para que entráramos en la cueva. Agotados, Caeneras y yo arrastramos las mochilas hasta un espacio seco y llano junto a la pared de la gruta y nos dejamos caer al suelo.

Cuando el erudito se *autoproclamó* el tercer miembro de la expedición, que vendría con Rodegar el explorador y conmigo, yo estaba seguro de que sería una carga en el camino, y que tendríamos que esperar continuamente por él, llevar sus bultos y ayudar a sus ancianos músculos. Sin embargo, y a pesar de su andar pausado, había resultado ser muy resistente, mostrándose flaco y duro como un viejo tendón seco. Sólo mi orgullo me impidió mostrar que el que realmente necesitaba un descanso al final del día era yo.

Además, Caeneras disfrutaba del viaje, parándose aquí y allá para observar alguna planta, examinar un nuevo insecto o darnos alguna explicación sobre determinada formación rocosa. Dado que Rodegar también nos hacía detenernos a cada rato, escuchando el aire o sopesando algún rastro invisible para nosotros, se adelantaba y volvía, o nos pedía ora apresurarnos ora avanzar sigilosamente, el ritmo de la marcha resultó cualquier cosa menos constante y tranquilo.

Al principio habíamos seguido los pasos de la expedición de Leonel hacia el sur, pues Rodegar era capaz de localizar su rastro a pesar de que había pasado ya un mes y medio desde que partieron. Sin embargo pronto la ruta de la expedición resultó demasiado expuesta para el gusto de nuestro explorador, que prefería transitar por veredas más recónditas e intentar así pasar desapercibidos ante cualquier enemigo que pudiera acechar en la espesura.

Otra característica de Rodegar era su habilidad para caminar por la foresta sin hacer el menor ruido, como un gato montés. Me fijé en cómo daba cada paso, revisando el terreno con rápidos vistazos y eligiendo dónde pisaría cada pie, pero cuando intenté imitarlo descubrí que andar así era agotador. Le pregunté cuál era el secreto, pero no supo qué contestarme. Al final lo descubrí: no había ningún truco para que fuera menos cansado, simplemente sus largos años recorriendo el bosque lo habían dotado

de músculos de hierro y una resistencia asombrosa.

Pronto anoecería y, en la misma rutina que habíamos seguido durante los cuatro días que llevábamos de viaje, Rodegar partió en busca de la cena. Caeneras y yo, tras descansar un rato, pasamos a ocuparnos de preparar el campamento y el fuego. Mientras el erudito despejaba el lugar donde encenderíamos la hoguera y colocaba las mantas que nos servían de lecho, me dediqué a llenar las cantimploras en un arroyo cercano y a recoger en los alrededores de la cueva ramas y troncos para el fuego. Si hubiera tenido yo algo más de montaraz quizás me hubiera dado cuenta de lo silencioso que se hallaba el bosque, y podría haber sospechado que algún mal se avecinaba.

Acababa de dejar el haz de leña junto a Caeneras cuando oímos un grito fuera. Era la voz de nuestro guía. Salimos corriendo de la cueva y lo vimos aparecer en el claro, saliendo de la espesura. Corría hacia nosotros con su machete en la mano derecha y el arco corto en la izquierda. Cuando estuvo a unos metros gritó de nuevo, señalando con su dedo por encima de nosotros. Miré hacia arriba, justo a tiempo de ver una figura oscura que se dejaba caer desde el risco sobre el desprevenido Caeneras, con una especie de porra en su mano. No pude ver nada más, pues algo me golpeó en la nuca y todo fue negrura.

---

Aldor se alzó sobre la torre meridional y miró hacia el sur. Las obras avanzaban a buen paso, y pronto esa torre y la del extremo norte estarían terminadas. Según el maestro constructor en unos meses quedarían unidas a las puertas de Ymber por una gruesa muralla, y quizás en un año o dos habría guardias recorriendo las almenas de todo el recinto. Los hombres estaban contentos, pues la seguridad era primordial para todos. Sin embargo una pena atenazaba el corazón del príncipe aunque intentara no dejarla traslucir, mientras observaba la columna de hombres que se aproximaban con la enseña de la copa de oro en campo de azur ondeando al frente. Aldor amaba a su primo Haludan como a un hermano.

– Quizás la maga se equivoque en su profecía, alteza – intentó consolarlo Turanda. – Los dioses se muestran a veces caprichosos con los destinos mortales,

y los poderes arcanos no siempre son de fiar. Puede que Haludan regrese también, el tercero de vuestros capitanes.

- Mucho habremos de perder en esta empresa, Ilustrísima..., todos – replicó Aldor con tono lúgubre. – Pero ahora demos la bienvenida a los recién llegados.

El capitán Leonel de Litigatt encabezaba la expedición que regresaba al campamento, y los centinelas y quienes podían abandonar sus quehaceres para verlos llegar vitoreaban su nombre y animaban a la cansada tropa, aunque todos los ojos estaban pendientes del caballero que cabalgaba junto al capitán eyneo, pues nunca habían visto nada semejante. En verdad, todos los eyneos sabían de la noble raza élfica, pues aparecían tanto en tallas y esculturas de la época belenia como en leyendas y mitos de su pueblo, pero ni sus padres ni sus abuelos habían visto un elfo desde que la memoria humana recordaba.

Leonel y su acompañante detuvieron sus monturas en las puertas de Ymber y desmontaron. Vilent Ruger mandó ocuparse de los caballos y los condujo en presencia del príncipe. Ante la puerta de la tienda real habían preparado una recepción digna aunque algo apresurada, con una gran alfombra que conducía al sillón de dragón, donde aguardaba Aldor, ataviado con su armadura de gala y el Ojo de Dragón brillando en su mano. A su derecha se sentaba su hermana Inoed, con el pelo trenzado y un vestido verde orlado en plata, y a su izquierda el clérigo Turanda, de blanco y con su mejor cayado. Unos metros más allá estaban los capitanes Meris y Duncan, y la maga Goelynn.

Al acercarse los recién llegados Aldor se levantó del sillón, saludó a su capitán tocando ligeramente su cabeza con la espada, en señal de misión cumplida, y recibió al caballero élfico con el protocolo tradicional eyneo para la recepción de diplomáticos extranjeros. El príncipe le dio la bienvenida, asegurándole la inmunidad y hospitalidad debidas a los emisarios, le dirigió palabras de amistad y respeto, y le presentó a los presentes, esperando que el huésped entendiera algo de lo que decía.

El embajador de los elfos se irguió en aquel momento, y era más alto que cualquiera allí. Su pelo era muy claro, como cebada sin tostar, y le caía en largas guedejas lisas por debajo de sus hombros. Su expresión era rígida, por lo que era imposible adivinar

qué impresión le había causado el recibimiento, pero su noble rostro era franco, con ojos garzos como el cielo y las orejas puntiagudas propias de su raza. Además, sin duda Leonel ya debía haber entablado una relación de confianza, o el elfo no hubiera venido solo al campamento de los humanos.

Vestía de gris y pardo, ropa suave y tratada pero cómoda, y se cubría con una capa de fina piel plateada que hubiera costado una fortuna en el mercado de Talía. Sus únicas armas eran dos largas dagas de acero, con mangos de marfil profusamente tallados, que portaba cruzadas a los flancos de su chaqueta. Junto al caballo había dejado, al cuidado de los hombres de Vilent, un bello arco tallado en madera blanca, más largo y fino que ningún arco eyneo. Pero el rasgo más asombroso de su apariencia era la luz, un tenue brillo que emanaba de todo su cuerpo, cuyo fulgor variaba a voluntad. Normalmente no más que un suave resplandor casi imperceptible, podía alcanzar una luminosidad capaz de alejar las sombras cercanas. Y en aquel momento habló. Sus palabras sonaban extrañas, con un raro acento musical, como alondras lejanas.

– *Aie, Arnah Redralin larefal Yagerth* – dijo en su lengua.

A continuación comenzó a hablar en eyneo, de forma algo vacilante al principio.

– Señor Aldor y demás humanos desembarcados, soy Arnah Redralin, guardián de la frontera de Rererth, y represento aquí al Ilñ y al Consejo de las Hojas. No traigo amistad ni enemistad, pues los yag no gobiernan fuera del Bosque, ni codician los bienes de otras razas – al decir esto a algunos les pareció que el elfo desvió por un instante la mirada a la princesa Inoed. – Pero si los humanos desean las tierras de Uduk para allí morar, los yag darán sabias palabras. Pero si los humanos desean el Bosque de Yagerth, los yag darán muerte.

– *Uduk* – intervino Leonel – es como llaman a los orcos, Alteza.

Al parecer el capitán aldoriano ya estaba al tanto de las criaturas que nos habían atacado, y había aprendido algunas palabras en yag. Sin duda tenía grandes dotes para la diplomacia.

– Arnah de Yagerth – respondió despacio el príncipe a las palabras del elfo, – os ruego que aceptéis nuestra hospitalidad. Seréis mi invitado, tomaremos la copa

de bienvenida y entonces podremos discutir nuestros planes.

Aldor había sido prudente en su respuesta, pues nuestro conocimiento de la situación política a nuestro alrededor era aún muy limitado, pero no había necesidad de hacerlo saber al emisario elfo hasta estar seguro de sus intenciones. Pasaron entonces al interior del salón y, mientras los criados traían el sillón de dragón para el príncipe, se sentaron en la gran mesa que estaba ya dispuesta. Inoed sirvió vino eyneo a los recién llegados, luego a su hermano Aldor y por fin al resto de asistentes. El caballero élfico no dejó de mirarla mientras llenaba las copas, quizás por su elegante belleza o quizás extrañado de que la propia hermana del señor de la casa sirviera en la mesa.

Tras unos sorbos de vino y algunas frases amables pero intrascendentes Aldor tomó la palabra, y dirigiéndose al yag con tono pausado, para asegurarse de que comprendiera, le habló sobre el origen de la expedición en Eynea, aunque sin relatar lo concerniente a la disputa por el trono. Explicó que esperábamos la flota aún por llegar, describió las referencias al antiguo asentamiento de Mel Angöre, y narró brevemente el viaje a través del océano, la llegada a estas costas y el ataque de los orcos al campamento. Terminó por fin asegurando al embajador que en ningún caso su objetivo era la conquista de territorios ya habitados por hombres o elfos, o cualquier otra raza aliada, sino la colonización de nuevas tierras, y que sería un honor para su pueblo contar con la amistad de los nobles señores de la luz.

– Como guardián de la frontera occidental de Yagerth conozco el asentamiento al que os referís – dijo el elfo. – Nosotros lo llamamos *Marmiren*, pues ahora lo habitan espíritus malignos.

Al oír estas palabras una sombra cruzó el semblante de Aldor, recordando la expedición de su fiel escudero, pero rápidamente se repuso.

– Pero el *antalya*, el padre de mi padre – siguió contando el elfo, – lo vio cuando los humanos aún vivían allí, antes de que los orcos los mataran. Y aunque no existía relación con esos humanos del mar, pues no se acercaban al bosque, me contó que no eran malvados como los halaii del desierto, y respetaban a los yag y a la pequeña gente de las colinas.

– En cuanto a vuestros planes – continuó Arnah, – naturalmente yo no puedo

decidir en estas cuestiones ni pronunciarme en nombre del Ilín, que gobierna a los yag, pero mi corazón me dice que sois sincero, y hablaré por tanto en vuestro favor ante el Consejo de las Hojas en Yag-Soldor. Desde que los orcos asolaron las tierras de la pequeña gente de las colinas, hay muchos valles y llanuras entre el mar y las tierras altas de los enanos que los hombres podrían habitar si expulsan a los enemigos. Y eso sin duda sería del agrado de los yag.

- ¿Qué puedes contarnos de nuestros enemigos? ¿cómo son las tierras de los orcos? – preguntó Aldor.
- Su patria se encuentra lejos en el frío norte, la planicie orca que llamamos *Udukán*, aunque el origen de los orcos es muy antiguo y se remonta a otra era del mundo, la Era de la Gran Isla, de la cual no hablaré aquí – la melodiosa voz del elfo envolvía a los presentes mientras escuchaban sus palabras con avidez, pues rara vez acceden los hombres a la sabiduría élfica. – Hace novecientos años, tras la derrota sufrida en el este al intentar conquistar las colinas de los enanos grises, los orcos se desviaron hacia el oeste y arrasaron todo el valle del Lames y las tierras hacia el sur. En aquellos días comandaba la Horda un terrible señor oscuro, Tard Nakron. Al cabo de cien años habían asolado el hogar de los hombres de las colinas y llegado hasta la frontera de nuestro bosque, donde los yag les detuvimos. Desde entonces defendemos Yagerth de sus ataques.
- ¿Es ese Tard quién gobierna a la Horda? – preguntó Duncan.
- No – respondió Arnah, – Tard Nakron era humano, y murió por las armas, como varios señores orcos que le sucedieron después, tras lo cual el imperio de Udukán se debilitó y tuvimos paz por un tiempo. Pero hace cincuenta años un terrible poder se alzó en el norte y unió de nuevo a los clanes orcos. Un rey demonio, surgido de los infiernos, servidor del Dios del Fuego. Su nombre es *Grazor*. Él es el enemigo, y dicen que sus ojos infunden miedo y locura. Ha convertido la antigua ciudad de los hombres de las colinas en su capital, que ahora llamamos *Uduk*, y desde allí comanda a la Horda.
- Bueno, al menos ya sabemos a qué nos enfrentamos – dijo Aldor. – Si de verdad queremos establecer aquí un reino para los nuestros tendremos que combatir a este ejército de criaturas malignas y expulsarlas de estas tierras. Los sabios yag

son muy amables al compartir su conocimiento con nosotros – le agradeció el príncipe.

- Bueno, no todos los yag son como yo – dijo Arnah con un tono reservado, – y recelan de los extraños, así que no contéis con que los sabios de Yag-Soldor os cuenten más. Ni siquiera creo que os permitan ir allí nunca. Los yag no suelen hablar con extranjeros. Pero yo... siempre he tenido curiosidad. Por eso aprendí la lengua de los hombres de ultramar, con libros que los sabios guardan, y por eso me gusta proteger la frontera, siempre atento a lo que sucede fuera del bosque.

Aldor asintió y, llenando la copa del invitado y la suya propia, propuso beber por una alianza entre elfos y hombres para combatir al imperio orco.

- Pero ahora es vuestro turno – continuó el elfo tras brindar, – contadme sobre mis parientes de más allá del mar. ¿Qué sabéis de los *lissenai* y el pueblo perdido de plata?
- Lo siento, Arnah, pero no sabemos nada de esa noble gente – le confesó Aldor. – Al sur de nuestras tierras está el reino de Lenya, que una vez fue uno con nosotros, y dicen las leyendas que más allá existe una selva espesa donde habitan los señores elfos, pero ninguno de nosotros se adentró jamás allí. Ni siquiera los más eruditos entre nosotros podrán contarte más, según creo – añadió, lamentando que no estuviera presente el sabio Caeneras.

---

Poco a poco volví a la conciencia. La cabeza me dolía terriblemente, y tenía la sensación de salir de una pesadilla angustiada, sólo para despertar a una realidad aún peor. La oscuridad me rodeaba, hasta el punto de dudar si realmente tenía los ojos abiertos. Tampoco oía ningún ruido, pero el aire hedía con un olor pestilente, a podredumbre y excrementos. Estaba tumbado de lado sobre un duro suelo de roca, por lo que tenía un lado del cuerpo insensible, y gruesas cuerdas ataban mis pies y manos. El dolor de las muñecas rivalizaba con el de la nuca, y me costaba concentrarme. Permanecí un rato quieto, con los ojos cerrados y sin atreverme a hacer el menor movimiento o sonido por si me vigilaban, mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

Cuando por fin me sentí capaz volví a abrir los ojos y esta vez pude notar que la oscuridad no era completa. Un ligero fulgor me hacía ver sombras, pero sin permitirme fijar la vista en ningún objeto concreto. Intenté incorporarme, y aunque se agudizó el dolor, mi mente se aclaró un poco. Sí, ahora empezaba a poder ver y sentir lo que había a mi alrededor. Estaba en una cueva, o una tosca mazmorra con el suelo irregular. En uno de los extremos la negrura no era tan densa, por lo que supuse que la puerta o salida podría estar por allí. Al otro lado me pareció divisar dos manchas en el suelo. Intenté acercarme un poco a lo que suponía eran bultos, pero con mis manos en la espalda sólo pude rodar con dificultad. Mientras intenté llamar a mis compañeros con voz queda, pero no obtuve respuesta. Cuando logré llegar hasta ellos pude comprobar con alivio que eran Caeneras y Rodegar, y además vivos, aunque inconscientes y quizá gravemente heridos.

Yo había leído historias en las que el prisionero busca una roca afilada y, restregando sus muñecas contra ella, corta sus ataduras y se libera. Pues bien, reto a cualquiera a intentarlo, con las piernas atadas, las manos en la espalda y en completa oscuridad. Tras arrastrarme por el suelo como un vil gusano buscando algún filo sólo logré acentuar el dolor general que ya sentía en todas las articulaciones. En ese momento escuché algo. Me quedé quieto intentando estimar el origen del ruido. Venía de donde yacían mis compañeros, y sonaba... ¡como si alguien tarareara o musitara una monótona melodía! Cerré los ojos y dejé que el sonido me transportara a otro tiempo y lugar. A una pequeña habitación en las profundidades de la Gran Biblioteca de Talía.

- Caeneras, estás despierto – susurré con alegría después de arrastrarme nuevamente hasta donde se encontraba mi amigo.
- Sí – refunfuñó el sabio en voz baja. – Hace rato que te oigo moverte y hacer ruido, mientras intento pensar en cómo liberarnos.
- Es inútil, creo que aunque nos hubieran dejado los cuchillos sería incapaz de cortar estas gruesas cuerdas, atado como estoy.
- Sin duda esos orcos son muy fuertes, sí – respondió Caeneras en tono ausente. Yo ya sabía lo que eso significaba: estaba concentrado, buscando una solución a nuestra situación.



- Ven aquí – dijo por fin, – veremos si además de fuertes son habilidosos. En la parte interior de la bota izquierda, en un pequeño compartimento, guardo un punzón escariador.
- ¿Un qué? – jamás había oído hablar de ese artilugio.
- ¡Tú búscalos! – gruñó el viejo, y mientras me arrastraba hasta su bota para buscar el punzón me explicó cómo debía usarlo para aflojar un nudo.

Por fin, ya con el punzón en mis manos, y situado de espaldas al sabio, de manera que mis manos tuvieran acceso a sus ataduras, me puse manos a la obra. Tras un buen rato hurgando e intentando introducir el punzón donde me indicaba Caeneras, incluyendo dos veces en que se me cayó la herramienta y tuve que buscarla a oscuras tanteando el suelo, por fin logré apoyar la punta del punzón en el hueco correcto del nudo, sujetándolo con fuerza para no perderlo. Mi compañero empezó entonces a tensar y aflojar las cuerdas, haciendo fuerza con los brazos lo poco que le permitían sus menguadas energías, y en cada tensión del amarre yo tenía que empujar con fuerza el punzón para que fuera penetrando en el nudo.

El trabajo se me hizo eterno, y tenía las manos agarradas por la presión de las cuerdas sobre mis muñecas y el continuo esfuerzo, pero la idea de Caeneras funcionó, y poco a poco el nudo se fue aflojando hasta llegar a un punto en que pudimos tirar con los dedos y deshacerlo. Sin apresurarse, y procurando no hacer mucho ruido, procedió a desatar sus pies y a continuación mis manos.

Una vez liberado noté cómo la sangre volvía a fluir por mis articulaciones doloridas. Al cabo de unos instantes ya pude moverme de manera casi normal. Me acerqué rápidamente a Rodegar, con la esperanza de desatarlo y escapar los tres. Sin embargo, fui incapaz de despertarlo. Su respiración era muy débil, y tenía una herida profunda en la cabeza, por la que había sangrado bastante, a juzgar por la sangre seca que pude palpar en la oscuridad. Además, para colmo de males, lo habían encadenado a la pared, y sin herramientas sería imposible romper la cadena o el aro de hierro que rodeaba su tobillo. Sin duda lo habían considerado el más peligroso de los tres y, a juzgar por cómo lo habían golpeado, el que más resistencia ofreció. Por mi mente febril pasaron terribles ideas, en las que el explorador nos pedía que cercenáramos su pierna para poder escapar de sus captores, pero intenté alejar esas

imágenes y centrar mis pensamientos en el presente inmediato.

- Caeneras – susurré, – Rodegar está malherido e inconsciente. Y lo han encadenado por el tobillo. ¿Qué hacemos?
- Ahora la única ayuda que podemos prestarle es intentar buscar auxilio – contestó el sabio despacio, tras valorar las opciones.
- ¿Quieres decir que intentemos escaparnos y lo dejemos aquí en manos de esos malditos orcos? No lo dirás en serio...
- Jovencito – replicó recobrando su tono académico, – si aguardamos aquí el único consuelo será morir juntos, me temo.

A regañadientes, pero confiando en el buen criterio de nuestro anciano amigo, le seguí tambaleante hacia el extremo de la cueva donde habíamos notado un poco de luz. Pronto lo adelanté, pues estaba muy débil, y marché delante, tanteando con las manos y los pies para no golpearme.

El extremo de la caverna conducía a un corto túnel que giraba y desembocaba en una gruta más pequeña, más o menos redonda, que daba al exterior. Una estrecha abertura constituía la entrada a la cueva, y había sido cubierta con ramas de arbustos espinosos de arriba a abajo. Por suerte parecían dispuestas para impedir que algo penetrara desde fuera, por lo que no sería difícil apartarlas para salir. Además, aunque no entraba mucha luz porque unos grandes matorrales crecían frente a la entrada, los pequeños huecos entre los pinchos permitían espiar las inmediaciones y ver si algo se acercaba.

- ¡Mira, nuestras mochilas! – exclamó Caeneras. Efectivamente, en un oscuro rincón de la por lo demás vacía gruta estaban nuestras bolsas. Lamentablemente no quedaba ni rastro de nuestras armas ni de los víveres, pero al menos pudimos recuperar la ropa y las mantas.

Equipados con nuestras menguadas pertenencias nos colocamos frente a la puerta. Había llegado el momento decisivo. Como suele ocurrirme en momentos de tensión, mi cabeza iba ya por delante de los acontecimientos, y me preguntaba si lograríamos escapar, y qué opciones de supervivencia tendríamos ahí fuera en tal caso, desarmados como estábamos. Eso sin contar que estaríamos sin guía y sin

provisiones. ¿Volveríamos al campamento de Ymber a buscar ayuda? Me imaginaba cómo sería recibido nuestro fracaso, y cómo nos reprocharían haber abandonado la misión encomendada sólo porque un hombre había sido capturado, un hombre que probablemente ya estaría muerto. ¿O seguiríamos en cambio hacia el sur? Hambrientos y perdidos en el bosque, con los orcos pisándonos los talones, parecía un destino funesto.

En ese momento oímos gritos y maldiciones. Por un momento temí que hubieran descubierto nuestra fuga, aunque agazapados tras la puerta de espinos en la boca de la oscura cueva era imposible que nos vieran desde el exterior. La algarabía venía de la derecha, y aunque algo lejana, pudimos distinguir claramente el choque de algunas armas y sonidos de batalla.

– Ahora es nuestra oportunidad, ¡corre muchacho! – me urgió Caeneras mientras señalaba con el brazo en dirección opuesta al origen de los gritos. Empujé el entrelazado de espinos hacia fuera y avancé sin pensar, apartando las ramas de los arbustos con las manos como pude, mientras mi viejo compañero se apretaba contra mi espalda.

Tras unos metros dejamos atrás la espesa arboleda y de repente emergimos a terreno abierto, pero no habíamos contado con la larga estancia en las penumbras de la caverna, por lo que la brillante luminosidad nos cegó completamente, y tuvimos que detenernos desorientados, parpadeando como dos incómodos búhos bajo el sol.

---

Arnah abrió los ojos y se incorporó ágilmente, sin hacer el menor ruido. Algo lo había despertado en mitad de la noche, y sintió el impulso de salir de la tienda, aunque no notó sensación de peligro. No era la primera vez que dormía lejos del bosque, y el lecho era cómodo. Tampoco se oía ningún ruido, salvo el viento. Aún así, siguiendo su instinto, cogió su chaqueta y se escabulló fuera. El campamento humano estaba en silencio, aunque con su fino oído pudo escuchar hacia el este a los soldados que hacían guardia en la empalizada. Sus pesadas botas y sus murmullos. Del oeste le llegaba el suave arrullo del océano. Miró al cielo, y supo que pronto llovería.

En verdad desde que cruzó las puertas del asentamiento de los recién llegados como

invitado del capitán Leonel había sentido una extraña sensación. Estos humanos eran muy distintos a todos los que había conocido hasta ahora: más sabios y cultos que los rudos jinetes de las llanuras veolianas, más nobles y rectos que los taimados halaii del sur. Podrían ser unos inestimables aliados en la guerra contra el mal, y así se lo haría saber al Ilín, pero había algo más.

Se dispuso a volver a la tienda pero la extraña sensación aún perduraba. Entonces la vio. Hacia el norte, muy cerca del extremo de la empalizada, se alzaba una pequeña colina, no más que un montecillo bajo coronado por un viejo roble deshojado. Algo brilló en la cima. Con el paso silencioso propio de su pueblo avanzó entre los cobertizos y sembrados hasta el pie del montículo. El viento comenzó a soplar, anunciando la tormenta que el elfo ya había presagiado. Ascendió sin esfuerzo. En lo alto se hallaba una figura envuelta en una capa.

- Señora... – dijo el elfo en un susurro mientras se acercaba. La figura, que miraba hacia el mar, se giró como si hubiera estado esperando ser interrumpida.
- Sois vos – dijo con voz suave y enigmática. En ese momento un relámpago iluminó la escena por un instante.

La princesa Inoed, con la espalda apoyada contra el roble y una capa azul cobalto cubriéndole el rostro y el cabello, miraba a Arnah, de pie frente a ella con el pelo rubio ondeando al viento. Tras unos segundos llegó el trueno, retumbando tan fuerte en la noche silenciosa que la doncella, sobresaltada, dio un respingo y se adelantó hacia el elfo con un temblor. Él la sujetó por los brazos, impidiendo que cayera, y habló de nuevo:

- Desde el momento en que os vi, ataviada como una Reina del Bosque, he sentido que el destino venía presuroso a mi encuentro.

Incluso hablando en una lengua extranjera las palabras del elfo dejaban traslucir las intensas emociones que le embargaban.

- No conozco vuestras costumbres... – añadió dubitativo.
- El Gran Padre quiso que algunas cosas fueran iguales a ambos lados del océano – repuso Inoed con una tímida sonrisa. En ese momento otra ráfaga de aire recorrió la colina, agitando la capa de la princesa, y mostrando su cabellera

caoba, y un niveo muslo que asomó bajo la túnica.

- Deseo... – susurró Arnah, pero tras esa única palabra un dedo se posó en sus labios, mientras una delicada mano lo atraía hacia adelante. El elfo se inclinó sobre la mujer, besándola en la boca con pasión, mientras ella le desabrochaba la chaqueta.

Aquella noche, allí entre las raíces del viejo roble que miraba al mar, sobre la capa azul cobalto y bajo la chaqueta élfica que los protegía de la húmeda tormenta y de las miradas indiscretas, se produjo una unión entre dos razas que no había sucedido en muchos siglos ni en esta Edad del mundo.

---

- ¿Estás loca? No eres una mujer cualquiera, Inoed, eres la princesa – exclamó Aldor levantándose del lecho en que descansaba en su tienda, – y te debes al pueblo igual que yo.
- ¿Te parece que esta unión perjudicará a nuestra gente?
- No, no he dicho eso. Sólo que... no es natural. Estamos forjando un nuevo reino, y pueden surgir compromisos, obligaciones.
- Hemos dejado atrás los compromisos de nobleza, en la vieja patria, y estamos aquí para forjar nuestro propio destino, o eso nos hiciste creer. Y en cuanto a los nobles que te han seguido hasta aquí, ¿crees de verdad que alguno de ellos dejaría de serte leal por ello? Te idolatran, y no me considero *tan* irresistible. ¿O crees que soy acaso un trofeo para dar en recompensa al mejor de tus capitanes? – reprochó Inoed cada vez más alterada.
- Por supuesto que no – replicó Aldor ofendido, – y lo sabes. Pero, ¿y la edad? ¿has pensado en lo distintos que somos? Si lo que cantan los bardos es cierto, él seguirá siendo joven cuando tu vida ya se haya consumido.
- ¿Y qué puede importarme lo que haga él tras mi muerte? Nuestra vida es corta en Mundo, así lo quisieron los dioses. Y debemos vivirla según nos dicta la conciencia y el corazón – la princesa, frente a su hermano y casi tan alta como él, hablaba con pasión. En ese momento era evidente lo parecidos que eran.

Aldor la miró y supo que nada de lo que dijera o hiciera la haría desistir. Ni los consejos bienintencionados ni las obligaciones políticas pudieron nunca doblegar un corazón enamorado, y su oposición sólo lograría empeorar las cosas. Pero además, comprendió algo más importante al mirarla. Nunca la había visto tan feliz y radiante. Y supo que él también lo era, por su hermana. Dio un paso hacia ella y con delicadeza le ajustó la brillante diadema que sujetaba su pelo encarnado. La luz de las velas arrancaba reflejos bermejos de su melena, convirtiéndola en vino dulce de Nacorao.

- Nos esperan tiempos oscuros – dijo suavemente. – Habrá guerra, y quizás todos nuestros sueños se pierdan en el abismo. Pero si no es así, y tras la angustiada noche una nueva aurora nos aguarda, al menos prométeme una cosa. No des la espalda a tu pueblo y tu gente. No me dejes a mi.
- Siempre seré tu hermanita, *nievu*<sup>9</sup>. No te librarás de mí tan fácilmente – contestó Inoed con una amplia sonrisa. Y dando una media vuelta en pirueta, que hizo que el vuelo de su falda se abriera como un urogallo, salió de la tienda del príncipe contagiando su felicidad a quien la mirara.

---

Al día siguiente era la Fiesta del Invierno, y en las primeras horas de la tarde los soldados y artesanos aprovechaban para afanarse en sus tareas y oficios antes de que el frío descendiera de las colinas orientales y se adueñara de las calles de Ymber. La princesa Inoed, sentada nerviosa en el umbral de la carpa de su amiga Goelynn, conversaba con la hechicera en tono intrascendente, aunque sin dejar de mirar continuamente hacia la tienda de su hermano, situada justo enfrente. En ese momento se agitó la lona que daba acceso a la vivienda del príncipe, y al momento apareció Arnah. Recogió su arco, que había dejado junto a la entrada, y cruzó la calle sonriente mientras hacía señas a Inoed para que se acercara. La princesa dio las gracias rápidamente a Goelynn por la compañía y corrió junto al elfo. Éste le susurró algunas palabras al oído, ante lo cual Inoed ríe alegre y tomando de la mano a Arnah, se alejó con él por la calle principal del campamento, sin importarle las miradas curiosas de quienes veían a la extraña pareja.

9 Apeltivo cariñoso, casi infantil, en la región de Talía.

Goelynn, intuyendo que Aldor había autorizado la relación de su hermana con el elfo, los observó mientras se alejaban, con una extraña mezcla de regocijo y envidia. Inconscientemente miró a la tienda de Aldor, justo donde su escudero solía sentarse a engrasar y pulir las armas del príncipe. El asiento estaba ahora vacío.

---

Estaban fuera de las murallas protectoras de Ymber. Con los trabajos de construcción de los muros en plena obra había sido fácil escabullirse sin llamar la atención, saliendo por la calle de los curtidores, que la gente solía evitar por el fuerte olor. Sin duda Aldor se enfadaría si llegara a enterarse, pero Inoed no pensaba decírselo. El arco y las dagas del elfo reposaban a dos pasos de su cuerpo tendido en el prado, y ella lo había visto tensar su arma y acertar a un blanco móvil en menos tiempo del que tarda un orco en lanzar su grito de batalla. Ella también era una buena arquera, y por eso admiraba aún más la asombrosa destreza de Arnah. No temía nada junto a él.

La pequeña colina estaba recubierta de hierba, y aquí y allá asomaban rojas amapolas. En su corona, como reina de todas estas flores, la melena escarlata de Inoed centelleaba con reflejos de fuego bajo el sol crepuscular. El vestido de la princesa, de tono castaño, resaltaba la blancura de su piel sobre el verde oscuro de la hierba, aunque de alguna forma resultaba apropiado y evocador del bosque ancestral que rodeaba la colina por su lado norte, donde columnas del mismo color castaño soportaban una profunda y oscura bóveda que contrastaba con el luminoso prado. Hacia el sur el bosque raleaba y dejaba ver el asentamiento humano, que poco a poco se convertía en ciudad. Hasta ellos llegaba el rumor de algunos artesanos golpeando yunques o tiras de cuero, y el ladrido de algún perro lejano.

Arnah musitaba algo en yag mientras miraba al cielo:

- *Ai, Namâe, mir'nalie fienna.*
- ¿Qué cantas, Arnah? – preguntó Inoed.
- Oh, es una antigua canción de mi pueblo, en la que un príncipe de nombre olvidado lamenta la pérdida de su amada Namâe. ¿Te gustaría oirla en tu lengua?

– ¡Claro! – respondió la princesa.

El elfo se incorporó un poco y comenzó a cantar suavemente.

*Aí, Namâe, doncella de dorados cabellos,  
en tu rostro destellos de adamantio y estrella.  
Perseguí tus senderos en el bosque de plata  
y tus pasos de fata nos llevaron ligeros  
a los claros del alba donde anida la alondra,  
donde el roble da sombra y florece la malva,  
y en las playas de Ygrán<sup>10</sup> las sirenas danzaban  
y los elfos cantaban con sus flautas de pan.  
Aí, Namâe, dormimos al final abrazados  
en los cálidos prados de la alegre Trevín<sup>11</sup>.  
¡Qué alegría en los valles cuando el trigo brotaba!  
Cada espiga aportaba infinitos detalles  
Qué perfume en la flor, qué belleza en el sauce  
que creció junto al cauce del arroyo cantor.  
Y en los fértiles brazos de los frescos manzanos  
aún colgaban retazos de olvidados veranos.  
En la vieja colina de la mano danzamos  
y en la noche observamos las hogueras de encina<sup>12</sup>.  
Aí, Namâe, dormimos ya por fin abrazados  
en los cálidos prados de la alegre Trevín.  
Silenciosas están hoy las playas de Ygrán  
con sus flautas de pan ya no cantan los yag.*

<sup>10</sup> Ygrán es el nombre que los yag dan a las costas frente a la isla de los Magos.

<sup>11</sup> Trevín era el antiguo nombre de los prados junto al Lames antes de la llegada de Aldor, donde luego estarían los campos de Indra en el condado de Ruger.

<sup>12</sup> La gente pequeña que enciende hogueras en las colinas son los Umi.



*En las costas mortales se lamenta el océano  
y el desnudo manzano en los grises trigales.  
Hoy las viejas encinas no alimentan la leña  
de la gente pequeña que habitó las colinas.  
Aí, Namâe, los cuervos se lamentan posados  
en los gélidos prados de la triste Trevín.*

Arnah terminó la balada y miró a la joven recostada en el prado junto a él, que escuchaba embelesada, y en ese momento un dardo de amor y dolor atravesó el corazón del elfo, al contemplar su belleza fresca e inocente como una primavera de la Gran Isla en el principio de los tiempos, y pensar en lo frágil y efímero de esta visión, apenas un relámpago pasajero en su mundo de lentos ciclos de innumerables años en el bosque. A él, acostumbrado a contar las mareas de las estaciones y el crecimiento de los árboles venerables, le parecía estar ahora perdido en un vertiginoso sueño en el que eventos trascendentales para su pueblo y su propia vida se sucedían rápidamente, y era forzado a tomar apresuradas decisiones cuyos ecos reverberarían durante siglos.

- Inoed – dijo al cabo el elfo, acercándose a ella –, desde que te conocí siento una angustia, una prisa por vivir que no es propia de mi raza. Y ahora debo partir para cumplir mi misión como emisario e informar al príncipe de Yagerth de la situación. Pero una parte de mi no quiere dejarte ni un solo instante, y quiere aprovechar cada momento junto a ti. ¿Es así como viven su corta vida los humanos? Me temo que mi corazón no hallará paz.
- Quién sabe cómo transcurre el tiempo para los diferentes hijos de Sirgga – respondió ella risueña –. Pero no hay paz en los corazones cuando el amor los invade – repuso la princesa –, y si ahora en verdad debes irte, aguardaré día tras día tu regreso, y la espera me parecerá eterna, por mucha prisa que te des.

El elfo se acercó y tomándola en sus brazos la besó apasionadamente. Y aunque el sol ya se ocultaba bajo el mar occidental, el pelo de Inoed volvió a brillar como el fuego, cuando las manos de su amado, ahora luminosas como dos antorchas, se enredaron en él.

Por primera vez fui consciente del tipo de criaturas al que nos enfrentábamos. En sus ojos, que me miraban fijamente, vi reflejada una inteligencia inhumana, extraña, ajena a mi modo de pensar y a todo lo que era propio de mi raza. Aunque en ocasiones había visto trasgos o trolls, esto era distinto. El orco que tenía frente a mí con una afilada daga en la diestra no daba la impresión de ser como un animal pero más listo. Su burdo uniforme, sus andares grotescos pero ágiles, su sorpresa al vernos y su meditada decisión de atacarnos, todo traslucía humanidad, pero deforme y distorsionada, como reflejada en un mal espejo. No me había dado cuenta de todo esto durante el fragor de la batalla, cuando atacaron nuestro campamento como demonios furiosos, pero ahora, enfrentados uno al otro por un encuentro casual, conscientes ambos del juego mortal que nos traíamos entre manos, comprendí que pertenecíamos a dos mundos diferentes, condenados a no entenderse jamás, y que la guerra entre nuestras razas duraría siempre.

Yo estaba desarmado, y el hecho de contar con Caeneras, que se apretaba contra mi espalda tembloroso, no suponía ventaja alguna. Además, viendo la soltura con la que el orco manejaba la daga supe que no podría ganarle sin un milagro, y que aunque lograra esquivar sus puñaladas, con cada minuto que pasara podrían llegar más orcos. Sin embargo, no podía hacer otra cosa, así que intenté prepararme para la lucha, adoptando una posición que, esperaba, resultara intimidatoria. Por suerte este orco no era especialmente grande ni fuerte. Si hubiera estado algo más lejos quizás podría haber intentado buscar un palo o una piedra, pero ahora no había tiempo para eso. Me enfrenté al enemigo, mostrando un arrojo que distaba mucho de sentir, mientras intentaba mover mis músculos como hacíamos en las innumerables sesiones de entrenamiento en la escuela de combate de Talía, cuando practicábamos el combate desarmado con el inflexible Therón, el viejo maestro de esgrima.

Bueno, pues tan cierto como que estoy hoy vivo para escribir esto, el orco dudó, lanzó un quejido lastimero, giró en redondo y emprendió la huida perdiéndose entre la maleza. Caeneras se dejó caer al suelo, con las rodillas temblorosas, y aún tuve algo de energía para arrastrarlo fuera del claro, hasta un frondoso abeto que nos ocultara, antes de tumbarme a su lado, mareado y exhausto.

## Snev

Grunt, el jefe, lo llamaría escabullirse como una raza cobarde, pero Snev estaba muy orgulloso de cómo había esquivado a los terribles arqueros élficos y sus mortíferas saetas. Él era un rastreador, no le pagaban para recibir flechas ni combatir contra esos asquerosos guardabosques. Además, no era normal encontrarlos tan al norte y fuera de sus fronteras; algo tramaban sin duda.

Si Snev lograba regresar al campamento Rocarroja y llevar esas noticias sería sin duda recompensado. Además estaban los prisioneros humanos. Los elfos se habían quedado con sus armas, pero no encontrarían la cueva, así que Snev podría volver en un par de días a buscarlos. Si, allí en el campamento les sacarían toda la información que quisieran, y todo gracias al estupendo Snev. Ya se imaginaba disfrutando de premios y descanso, cuando algo salió de improvisto de la espesura y se plantó frente a él, justo en su camino.

Fras el susto, que obligó a Snev a dar un salto hacia atrás mientras sacaba mecánicamente su daga del cinturón, pudo reconocer al enemigo. Era el humano, el más joven de los que habían capturado, y detrás de él iba el viejo. De alguna forma habían escapado. Iban desarmados, por lo que Snev pensó que podría abatirlos fácilmente y huir, pero algo lo detuvo. Los humanos se comportaban de manera extraña, mirando alrededor en lugar de mirar su daga, como si estuvieran confusos, pero podía ser un truco.

Fras ese momento de titubeo por parte del orco, los humanos parecieron reponerse de su estupor y se enfrentaron a él, adoptando una posición de combate pero con sus manos desnudas. Snev evaluó la situación y avanzó con confianza. No le darían tanto si sólo llevaba las cabezas de los humanos, pero algo es mejor que nada. En ese momento se oyó el silbido de una flecha en las cercanías. Snev se detuvo de nuevo. Los asquerosos elfos estarían aquí en un santiamén. Volvió a mirar a los humanos y soltó una maldición.

– ¡Vegi-Gaurrah!<sup>13</sup> – su naturaleza huidiza terminó por imponerse y Snev, bajando la daga, se escabulló veloz entre los árboles para salvar su vida.

13 Excremento de demonio blanco.